EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIII — DECANO DE LA PRENSA LOCAL — Núm. 9371

PRECIOS DE SUSCRIPCION:
En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 1 25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

JUEVES 23 DE ENERO DE 1893.

CONDICIONES:
El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

LA UNIÓN Y EL FÉNIX ESPAÑOL

COMPAÑIA DE SEGUROS REUNIDOS

Domicilio en MADRID, CALLE DE ALCALA, núm. 1 (Paseo de Recoletos)

GARANTIAS

Capital social efectivo	Pesetas	12.000.000
Primas y reservas	»	40.697.980
Total	»	52.697.980

29 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIOS

Esta gran Compañía nacional contrata seguros contra los riesgos de incendios.

El grande desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público, habiendo pagado por siniestros desde el año 1864, de su fundación, la suma de pesetas 48.301.875,53.

SEGUROS SOBRE LA VIDA

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, especialmente las de Vida entera Dotales, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas más reducidas que cualquiera otra Compañía.

Dirigirse á los Subdirectores Sres. Viuda de Soro y C.ª, Plaza de los Caballos, 15.

M.me LEONIE BROUTIN,
MODISTA DE SOMBREROS

Ha llegado á esta población con un magnífico y variado surtido de sombreros, su representante doña Pura Diaz, con quien podrán entenderse las señoras que necesiten sus servicios.

CALLE MAYOR 3, PRINCIPAL.

FUEGO Y CALOR.

COCINAS FRANCESAS con varios fogones, horno para asados y pastas. Depósito para agua caliente, forma artística y fundición esmerada.

CHIMENEAS de mármol de Italia y Macael, con puertas de corredera.

ESTUFAS Chamberski, varios tamaños y artístico decorado.

Exposición y venta, MUSEO COMERCIAL.—Puerta de Murcia.

MAQUINAS DE COSER
A MANO Y PIE
de las acreditadas fábricas de Seidel de Dresde y G. M. Pfaff Kaiserslautern, garantizadas.
PRECIOS SIN COMPETENCIA
RELOJERIA ALEMANA
DE
TEODORO KETTERER
MAYOR 34.

LITERATURA EXTRANJERA

EL MENDIGO

A pesar de no haber rebasado nunca los límites de la miseria, había conocido tiempos mejores que los actuales...

Cuando tenía quince años, un coche le rompió las dos piernas en el camino de Varville. Desde entonces imploraba la caridad pública apoyado en sus muletas que le hacían levantar los hombros casi á la altura de las sienes. Su cabeza parecía hundida entre dos montañas.

No conocía á sus padres ni á ninguno de sus parientes. A los pocos días de nacer, le arrojaron á una zanja, donde le encontró el cura de Billettes la víspera de la conmemoración de los fieles difuntos. El reverendo párroco le bautizó con el nombre de Nicolás. Luego murió su protector y quedó completamente abandonado.

Educado por caridad, desarrollándose ageno á toda instrucción y con el estómago estropeado por el aguardiente con que le obsequiaba muy á menudo el panadero del pueblo de su residencia, fue desde niño un vagabundo que no sabía otra cosa que extender la mano. Algunas veces la baronesa de Avany le permitió dormir en una especie de nicho, lleno de paja, inmediato al granero de uno de sus cortijos. En los días de mayor invierno siempre encontró el pobre muchacho un pedazo de pan y un vaso de sidra en la cocina del castillo de la baronesa y aun se dió varias veces el caso de que esta buena señora le arrojara algunas monedas de calderilla desde las ventanas del histórico edificio. Pero la caritativa dama murió también.. En los pueblos comarcanos apenas le socorrían. Conocían e hacía ya cuarenta años y estaban cansados de ver aquel cuerpo deforme cubierto de andrajos asquerosos y apoyado en dos patas de madera. A pesar de esta indiferencia y de esta crueldad, el mendigo no quería irse más lejos. Su vida miserable había estado ligada en aquel rincón, entre aquellos cuatro pueblecillos, cuyos habitantes le miraban ya con desprecio y hasta con odio. Cuando algún campesino le gritaba: «¿Por qué no te vas á otros lugares en vez de estar aquí?» No respondía y se alejaba presuroso poseído de un miedo vago, indefinible; del miedo del pobre que teme una porción de cosas desagradables y horribles... las caras nuevas, las injurias, las miradas, las sospechas de los que no le conocen y los gendarmes que van de dos en dos por los caminos y que le infundían terror sin saber por qué.

Siempre que los veía apoderábase de él una ansiedad extraordinaria y buscaba ansioso un matorral, una zanja, cualquier sitio á propósito para ocultarse. Algunas veces dejábase caer al suelo y se hacía una bola pequeña, casi invisible que se confundía á lo lejos con un montón de tierra. Nada tuvo que ver con ellos en su vida, pero le causaban espanto, un espanto que llevaba en la sangre como si se lo hubieran inoculado los que le dieron el ser.

Durante el verano dormía en cualquier sitio, al aire libre; en invierno se metía bajo los trojes y en los establos, ausentándose antes de amanecer para que no se advirtiera de su presencia. El constante manejo de las muletas había dado tal vigor á sus brazos, que subía á los graneros con la sola fuerza de sus puños y algunas veces cuando llevaba la suficiente provisión de mendrugos, se pasaba en ellos dos ó tres días, acurrucado en un rincón casi sin moverse.

Vivía, en fin, como las fieras de los bosques, sin conocer á nadie, sin querer á nadie, encontrando en todas partes desprecios y hostilidad. ¡Pobre *Campana*!... Este era su apodo, nacido de la semejanza que existía entre una campana y el cuerpo del mendigo balanceándose entre las dos muletas.

Llevaba ya dos días sin tomar alimento. Parecía que todos los habitantes de la comarca se habían puesto de acuerdo para no socorrerle y para gritarle malhumorados:

—¿Por qué no te vas á otro sitio? Hace dos ó tres días que te di medio pan. Crees que tengo obligación de mantenerte todo el año? Por el estilo de estas, ó más bruscas aun, eran las contestaciones que obtenían sus súplicas y sus ademanes. Había visitado San Hilario, Varville y á la Billette y cifraba sus esperanzas en Tournolles; pero para llegar á este pueblo necesitaba recorrer una distancia de dos leguas y sus fuerzas estaban agotadas casi por completo á causa del cansancio, de la debilidad... Encaminóse á Tournolles lenta y trabajosamente. Era un día crudísimo del mes de Diciembre.

El viento frío y huracanado silbaba al chocar con las desnudas ramas de los árboles.

Corrían las nubes por el espacio y el mendigo avanzaba penosamente, balanceando su cuerpo entre las dos muletas.

De vez en cuando dejábase caer al suelo, descansaba durante algunos minutos y volvía á emprender la marcha, obedeciendo al imperioso mandato de su estómago dolorido.

Al cabo de tres horas divisó las casas del pueblo é hizo esfuerzos desesperados para llegar á él cuanto antes.

Cuando llamó á la primera puerta le contestaron con destempladas voces:

—¿Otra vez aquí?.. ¿Hasta cuándo vamos á estar sufriéndote? ¡Vete al infierno!

Y *Campana* se alejó dando un tristísimo suspiro.

En todas partes le rechazaban sin socorrerle.

Salió del pueblo y se dirigió á los cortijos inmediatos.

A causa de su debilidad y de la blandura de la tierra sobre la cual había caída agua abundante, apenas podía levantar las muletas.

No encontró quien le diera una moneda ni un pedazo de pan.

La frialdad y la tristeza habían invadido todos los corazones y todos los espíritus matando en aquéllos la sensibilidad y envolviendo á éstos en espesas sombras.

Hubo un momento en que á *Campana* le faltaron las fuerzas en absoluto. Descolgóse de las muletas que sostenían su mísero cuerpo y cayó pesadamente en el fondo de una zanja poco profunda que rodeaba la finca del Sr. Clequet.

Quedó inmóvil, atontado, pensando de una manera vaga y confusa en lo que le había sucedido durante las últimas cuarenta y ocho horas, aguardando esa misteriosa ayuda que se espera de Dios ó de los hombres en las circunstancias más difíciles de la vida.

Una bandada de pollos pasaba y repasaba por delante de él, picoteando y escarbando la tierra. *Campana* fijó en aquellos animalitos una mirada de idiota. De su estómago antes que de su cabeza, de la sensación antes que de las ideas, nació un deseo irresistible... ¡Qué bueno estaría uno de aquellos pollos asado sobre una hoguera de astillas!...

Empezó á realizar su proyecto arrojando una piedra al pollo que estaba más próximo y que cayó mortalmente herido aleteando con desesperación mientras los otros huían y cacareaban. *Campana*, arrastrándose y temblando de placer, se apoderó de su víctima. En aquel precioso instante sintió que le golpeaban bárbaramente. Era el amo, Cliquet, que había presenciado la operación y que precipitándose sobre aquel infeliz que no podía defenderse, desahogaba su furia pisoteándole, dándole fuertes puñetazos en la cabeza y clavándole las rodillas en la espalda. Algunos criados del colono, que llegaron poco después ayudaron á éste en su infame tarea. Cuando todos se cansaron de pegar á *Campana* recogieron su cuerpo que apenas daba señales de vida y le encerraron en la leñera. Uno de aquellos hombres marchó al pueblo inmediato en busca de la pareja de gendarmes.

Esto ocurrió por la tarde. A las once de la mañana del día siguiente llegó la pareja á la cual esplicó el amo Cliquet que había sido robado y atacado por el mendigo y que éste quiso matarle lo mismo que mató al pollo.

Uno de los grndarmes gritó desde la puerta de la leñera.

—¡Vamos arriba!

Pero *Campana* no podía moverse. Llevaba ya tres días sin probar alimento y tenía el cuerpo magullado, lleno de cardenales.

Estaba sobrecogido por el terror y casi no se daba cuenta de lo que le ocurría. Obligáronle á coger las muletas y á que se pusiera en marcha.

El infeliz hacía esfuerzos extraordinarios para no perder el equilibrio. Algunos campesinos le despidieron con palabras soeces, injuriosas.

Era ya de noche cuando llegó acompañado de sus guardianes al pueblo cabeza de partido judicial, un pueblo que él no había visto nunca.

Hallábase en un estado verdaderamente lastimoso. Veía las casas, las personas, los objetos como si estuviera detrás de una espesísima gasa.

Todos sus movimientos eran de autómata. Nada dijo para defenderse.

Hacía ya muchos años que no pronunciaban sus labios otras palabras que las indispensables para pedir limosna y casi se le había olvidado hablar. Además nada le preguntaron.

Fue encerrado en un calabozo. A nadie le ocurrió pensar en que aquel infeliz tenía que comer.

Y al día siguiente por la mañana cuando fueron en su busca—para sujetarle á un interrogatorio—le encontraron muerto, tendido en el suelo...

¡Qué sorpresa!

Guy de Maupassant.

24 de Enero del 93.

(Prohibida la reproducción).

COLABORACION INEDITA.

ESTA ES LA VIDA

Subo poco á poco la altísima escalera que no me parecía sino que nunca se iba á concluir, llego al fin al piso cuarto, casi antesala de las nubes, llamo, me abre la puerta una especie de bruja de edad indefinible y de dudoso sexo á juzgar por sus poblados bigotes y hombruna voz, al reconocerme hace un gesto, al parecer sonrisa que deja admirar un largo, áspero y amarillento hueso que muy bien pudiera ser un diente aunque no lo parece, me franquea la entrada y encuéntrome á los pocos instantes ante mi caro amigo, que se revuelve en el lecho tratando de vencer las últimas caricias del sueño, que con su deliciosa embriaguez de reposo y de ilusiones trata de seducirle.

Seducción lograda en pocos momentos, pues mientras que yo he encendido un pitillo, único que guardaba en mi exhausta petaca, un ronquido muy semejante á sonido de órgano mal templado, me ha hecho comprender que mi compañero, amigo y colaborador, se ha dejado vencer poco dispuesto á trabajar, en estos momentos, por lo menos.

Y así llevamos mes y medio durante el cual hemos empezado innumerables veces el trabajo y otras tantas lo hemos vuelto á dejar sin hacer nada, y no será por la abundancia de metálico, no, pero sí por que la dominante pereza se ha apoderado de nuestros ánimos de tal modo, que yo entiendo.

Tomo asiento ante esta mesa, cojo la pluma y escribo; tengo enfrente el retrato del malogrado escritor, de preclaro ingenio, correcto y festivo estilo, que murió joven y dejó un nombre respetado y querido legando por toda fortuna al hijo, casi niño entonces, su memoria y su pobreza honrada.

Esta habitación que fue su despacho, guarda imperecederos recuerdos del hombre y del escritor; los estantes que contienen sus libros predilectos, la mesita en que coleccionaba todos sus trabajos literarios, libros que llevan su nombre y papeles conteniendo notas y citas que le sirvieron de auxiliar poderoso en sus tareas.

Las últimas cuartillas que escribió las conserva el hijo del malogrado escritor; las sugiere un artístico pisapapeles que tiene grabada una fecha (16 de Enero de 1889)—la quinta novela no está terminada; la muerte sorprendió al literato en su tarea, de aquella instantánea no tuvo tiempo ni de proferir una queja, cuando le encontraron muerto tenía